

Los partidos de la República Democrática Alemana (1)

LOS CANDIDATOS EN LAS ELECCIONES DEL 18 DE MARZO

PDS	Partido Democrático Socialista. Antiguo SED, comunista, encabezado por Gregor Gysi y partidario de desacelerar la unificación alemana	NUEVO FÓRUM	Fundado en octubre de 1989 con la pretensión de convertirse en una organización "paraguas" de la oposición. Es un grupo heterogéneo cuyo portavoz es Rolf Heinrich	SPD	Partido Socialdemócrata. Fundado a imagen y semejanza del SPD de la RFA, en noviembre de 1989 y encabezado por el historiador judío Ibrahim Boehme y el teólogo Markus Meckel	DBD	Partido de los Campesinos. Antiguo colaborador del SED. Su líder es Gunther Maleuda	ALIANZA PARA ALEMANIA	DA	Despertar Democrático (democrristiano). Encabezado por Wolfgang Schnur y el reverendo Rainer Eppelmann
PARTIDO VERDE	Encabezado por el filósofo Carlo Jordan y Matias Platzeck, actual ministro	INICIATIVA POR LA PAZ	Fundado en 1985 y heredero del Movimiento de la Iglesia por la Paz. Sus portavoces son Wolfgang Templin y Gerd Poppe			FDP	Partido Liberal dependiente del grupo encabezado en la RFA por Hans Dietrich Genscher. Su líder, Bruno Menzel, podría encabezar una alianza con los liberales del LDP y el Partido Nacional Democrático de Alemania (NDPD), ambos antiguos "satélites" del SED y con el Foro Alemán, una escisión del Nuevo Foro		CSU	Unión Socialcristiana. Encabezada por el reverendo Hans-Wilhelm Ebeling, está considerada como el partido más derechista de la coalición
IZQUIERDA UNIDA	Agrupación de organizaciones izquierdistas cuyo portavoz es Thomas Klein, que se declara no estalinista y partidario de una economía planificada	DEMOCRA. AHORA	Fundado por el historiador Wolfgang Ullmann, se declara de inspiración democristiana				CDU		Encabezado por Lothar de Maziere, que colaboró con el régimen comunista	

LA VANGUARDIA

Todos contra Lenin

Un abanico político dominado por el modelo germanoccidental para un electorado obsesionado por el estómago

XAVIER BATALLA
Berlín Este. Enviado especial

“No, no. Con Lenin detrás, no. Por favor”. Wilhelm Nix, portavoz del DBD (Partido de los Campesinos), uno de los cuatro satélites políticos del SED (comunista) en los cuarenta años de régimen de partido único en la República Democrática Alemana (RDA), da un respingo al verse fotografiado por este corresponsal con un retrato del padre de la Revolución de Octubre a sus espaldas.

—¿Su partido es leninista?

—No, no. Este no es mi despacho—dice señalando el cuadro de Lenin que preside la sala. Pero Lenin—añade— fue un gran hombre. La dirección de mi partido es nueva. Este despacho pertenece a la antigua dirección.

El segundo intento de fotografiar a Wilhelm Nix también resultará fallido, al detectar a tiempo el portavoz de los campesinos las obras completas de Lenin que descansan en las estanterías situadas a sus espaldas.

En la RDA, el cambio político, que se realiza a un ritmo frenético, el pasado comienza apenas veinticuatro horas después. La fiebre política embota la memoria inmediata. El único pasado que se recuerda, pero para distanciarse inmediatamente, es la historia de la RDA, que se confunde con la crónica del SED. “Nuestro partido ya no es marxista-leninista si exceptuamos su tradición histórica”, manifiesta un colaborador de André Brie, máximo responsable de la campaña electoral del antiguo SED, ahora rebautizado Partido Democrático Socialista (PDS).

Las alianzas se hacen y deshacen con rapidez. Incluso dentro de un mismo partido lo que era válido ayer según un portavoz ya es distinto veinticuatro horas más tarde según otro. La memoria, sin embargo, es buena para la historia, tanto para la izquierda como para la derecha, tanto para los adversarios—“los comunistas han hipotecado el futuro del país tras haberlo destruido con su política”, afirma el dirigente socialdemócrata Markus Meckel— como para los antiguos aliados de los comunistas—“la cooperación fue humillante”, dice Nix.

En torno a este pasado, y al fracaso histórico del sistema ahora en derribo, todos parecen estar de acuerdo, de un extremo a otro, y las principales recetas son aparentemente comunes, según la docena de líderes políticos entrevistados por este diario: economía de mercado con el bálsamo de una amplia seguridad social y unificación alemana. Sin embargo, en la coincidencia sobre las grandes cuestiones surge la desunión sobre el grado de protección social o la rapidez de la unión. La fiebre política, que tiene su monumento en la Casa de la Democracia—una torre de Babel ideológica en el centro de Berlín Este—, ha provocado todo tipo de sueños políticos, desde los más tradicionales, fruto del frío examen de la relación de fuerzas existente al otro lado del muro, has-

ta la utopía. La partidos, como protozoos, se han multiplicado de manera aparentemente natural. Pero la naturaleza política, que es sabia, ha comenzado a superar el sarampión, y de la división se ha pasado, a un mes de las elecciones, a la fase de las coaliciones, cuando la situación política sigue a remolque de la calle. La población, que continúa pasándose a Berlín occidental a razón de unas 2.000 personas al día, derribó el muro—el 9 de noviembre pasado— y ha acelerado el proceso hasta dificultar la labor de los partidos, que en su mayoría se declaran favorables a un acercamiento gradual ya impensable para resolver sin traumas los conflictos que anuncia un proceso que antes que unificación se presenta como un “Anschluss” o una simple fagocitación del Este por el Oeste. Las prisas de la población, que dieron alas a los partidos, se vuelven ahora contra algunos dirigentes. “Si el marco occidental no viene a nosotros, nosotros iremos en busca del marco occidental”, gritaron la semana pasada los numerosos manifestantes que cada lunes reivindican a Leipzig como epicentro de la convulsión.

La prisa de la ciudadanía, entregada ahora a un consumismo de última hora ante la superdevaluación del marco monetaria, es juzgada contraproducente por Bernd Liebsch, miembro del secretariado de Demokratie Jetzt (Democracia Ahora), uno de los movimientos que pretendió convertirse en organización paraguas de los nuevos grupos políticos. “La necesidad de salvaguardar determinados aspectos sociales y de trazar el nuevo marco de seguridad europeo para la unificación recomiendan una ralentización, pero la gente no está por un freno”. Para Werner Wiemann, reverendo evangelista y portavoz del Frei Demokratische Partei (FDP, la versión oriental del partido liberal del ministro de Asuntos Exteriores, Hans Dietrich Genscher), “lo lamentable es que las prisas provocadas por los intereses electorales de algunos partidos occidentales impedirán una unificación sin traumas”.

Los orígenes

Esta situación, en la que “el deseo de acabar con el régimen se compagina con el miedo a perder lo que se tiene”, según una fuente diplomática occidental, se traduce en un amplísimo espectro político, pero que básicamente no difiere del existente en la República Federal de Alemania (RFA). “Todo comenzó a finales de los años setenta, tras la firma del Acta de Helsinki, con un compromiso entre la iglesia evangelista y el régimen, que entonces accedió a la reconstrucción de las iglesias y a que éstas se convirtieran en un ágora. Este pacto, con el que el régimen pretendió domesticar a la iglesia, es el tronco—el Movi-

miento de la Iglesia por la Paz— del que después han surgido todos los dirigentes de los actuales partidos políticos”, afirma Wiemann. Para el dirigente liberal, “el caso de los católicos es bastante distinto, ya que, como minoría, siempre han rehuido la confrontación con el Estado, en una política que les ha dado mejores resultados que a los evangelistas”.

El relevo del Movimiento de la Iglesia por la Paz lo tomó el más estructurado Movimiento por la Paz y los Derechos Humanos, fundado en 1985 y equivalente, según sus fundadores, al checoslovaco “Carta 77”. “Nuestro grupo, que fue perseguido por Honecker, significa el punto de arranque de Nuevo Foro, la organización que el pasado mes de octubre intentó aglutinar sin éxito a todos los partidos de la oposición que en marzo acudirán por separado a las elecciones”, manifiesta en su apartamento de Pankow Wolfgang Templin, fundador del movimiento que se resiste a aceptar que el espectro político germanoriental esté condenado a ser una copia de la otra mitad alemana. “Boehme y Meckel, los dirigentes socialdemócratas, surgieron de nuestro movimiento”, añade irónicamente.

El actual abanico político se corresponde con la denominada Mesa Redonda, en la que catorce partidos y dos organizaciones sindicales son moderados por tres reverendos elegidos por la Iglesia católica, la Federación de Iglesias Protestantes y el Congreso Metodista. La mesa, a la que se sientan el PDS, sus antiguos cuatro satélites, los ocho partidos de la oposición que han entrado en el Gobierno e Izquierda Unida, reproduce un arco que aspira a ser parlamentario tras los comicios del 18 de marzo.

En un extremo están el PDS reformado, partidario de congelar la unificación por un imposible período de “cuatro o cinco años” y de salvaguardar lo que denomina beneficios sociales; el Partido Verde, que basa su plataforma en el panorama desolador del país más contaminado de Europa, con una tercera parte de sus ríos muertos; la Liga Feminista, e Izquierda Unida, cuyos portavoces, Thomas Klein y Jutta Braband, reivindican su voluntad de ser la excepción de la regla con “una economía planificada tras el estalinismo”.

—¿Una economía planificada después de cuarenta años de planificación?

—Sí. Nuestra organización fue perseguida por el estalinismo. Además, la planificación también existe en todo el mundo.

Esta línea socialista, que desemboca en la oferta probablemente mayoritaria del Partido Socialdemócrata (SPD), encabezada por Ibrahim Boehme y Markus Meckel, se prolonga con una vocación que bordea el testimonialismo en los tres movimientos populares llamados a presentar candidatos comunes en

marzo: Nuevo Foro, que integra a “intelectuales y ciudadanos de derecha e izquierda”, según Werner Schulz, miembro de la dirección; Movimiento por la Paz y los Derechos Humanos, que, según Templin, defiende una línea socialista, y el aún más flamante Democracia Ahora, cuyas bases se consideran de obediencia democristiana pero alejadas del oficialismo de la Democracia Cristiana (CDU), que colaboró con el régimen comunista. Los tres movimientos, sobre los que pende la espada de Damocles del esquema germanoccidental formado por democristianos, socialdemócratas, liberales y verdes, coinciden en una unificación en el marco de una amplia desmilitarización europea y en la oposición al desmantelamiento de la seguridad social germanoriental.

Promesas y costes

En la derecha, y de menos a más, está el Partido de los Campesinos (DBD), que no se pronunciará antes de los comicios por una coalición “con socialdemócratas o democristianos”, según Nix. Paralelamente, la oferta liberal se articula en torno al FDP, con quien tratan de aliarse el Partido Liberal (LDP) y el Partido Nacional-Democrático (NDPD), otros dos antiguos satélites del SED y representantes de los pequeños comerciantes, así como el Foro Alemán (DFP), una escisión de Nuevo Foro.

Al final del arco, el otro gigante político, la Alianza para Alemania, una coalición democristiana integrada por la CDU, apoyada por la CDU de Helmut Kohl; Despertar Democrático (DA), encabezada por Wolfgang Schnur y el reverendo Rainer Eppelmann, a quien sus antiguos aliados del Movimiento de la Iglesia por la Paz acusan de haber representado ya todos los papeles del auca; y la Unión Socialcristiana (CSU), que sus adversarios confinan en la extrema derecha.

Los democristianos, los más firmes partidarios de que la unificación se realice en el marco de la OTAN, ven amenazada la ambición de Helmut Kohl de pasar a la historia como el Bismarck del siglo XX por la atracción que los socialdemócratas ejercen sobre un electorado más preocupado por el estómago que por las ecuaciones geopolíticas. Los socialdemócratas, divididos sobre la solución militar y las prisas por la unificación, tienen su principal arma electoral en las garantías sociales que proyectan el atractivo político de sus siglas y su influencia económica en Europa. Los democristianos de Bonn se muestran más cautos socialmente, víctimas o beneficiarios del sambenito de “partido del mundo de los negocios”, según admitió a este diario su presidente, Lothar de Maziere, y cifran en 1,4 millones los desempleados en la RDA para después de la unificación, lo que elevaría a 1 billón de pesetas anuales el coste de la estructura social de lo que el alcalde de Berlín occidental, Walter Momper, define como “Anschluss de la pobreza”. ●

